

Todas putas

Juan Manuel Vial

Es bastante peculiar el escandalillo literario-político que desde hace algunas semanas perturba a diferentes estamentos de la sociedad española. Tenemos, en este verdadero juego del revés, y en primerísimo lugar, un libro de cuentos recién publicado, "Todas putas", de Hernán Migoya, quien, provisto de aquello que llaman olfato marquetero, asegura, al que quiera oírlo, ser un misógino de tomo y lomo, afirmación no del todo ingenua, pues, como es sabido, por estos días su país vive un momento de aquellos que recuerdan a la España más negra: en lo que va corrido de este año, casi treinta mujeres han sido asesinadas por sus maridos o amantes, ya sea por celos, infidelidad o, simplemente, por comportamiento hostil o huidizo.

El segundo vértice de esta singular triangulación está en la elegante figura de Míriam Tey, directora general del Instituto de la Mujer, responsabilidad a la cual llegó por su cercanía con el derechista Aznar. Para mal de sus pecados, la Tey,

que según he sabido es una tía tan guapa como deslenguada, también tiene participación en una editorial, precisamente en la que ha publicado "Todas putas".

Finalmente, en este comidillo, que ya se verá por qué es infernal, está la voz enronquecida de miles de feministas socialistas y comunistas del PSOE y de Izquierda Unida, que, bigotudas y chillonas, no han dejado de patear para que se prohíba la venta del libro y para que la Tey dimita a su cargo (asunto que tal vez ya ha hecho, pero más por cabreo que por convicción), acusándola, entre otras necedades, de "hacer apología de la violencia contra la mujer". El argumento para tanta alharaca sería que, en al

menos dos de sus cuentos (o sea, obras de ficción), Migoya incitaría a los hombres a violar a las mujeres.

La situación es resueltamente demencial: por un lado tenemos a la siempre in-

El último escandalillo literario-político de España es demencial: por un lado, la siempre intolerante derecha defiende la libertad de expresión; por el otro, la izquierda, supuestamente liberal, brama por la censura.

tolerante derecha defendiendo la libertad de expresión; por el otro, a la izquierda, supuestamente liberal, bramando por la censura. Al medio, Ana Botella, la mujer de Aznar, quien, en vistas

de la reconocida ecuanimidad que le proporciona su ignorancia, ha afirmado, seaseante y energumenizada, que "no gastaría ni una sola peseta en el tal libro". Tenemos, en el fondo, una aglomeración de equívocos digna de un circo pobre. Puede que el libro sea, efectivamente, una

basura. Y quizás por eso mismo no se le debiera haber concedido tanta publicidad: la primera edición se agotó de inmediato, gracias a esas feministoides que ahora se revelan como fascistoides. Un libro, al decir de Alejandro Zambra, jamás cumple una función social. Ni para bien ni para mal. Y es eso en lo que yo creo.

Ha sido Eduardo Haro Tecglen, el columnista marxista de "El País", quien ha aportado mayor lucidez a la cuestión: "Un libro, por principio, no se prohíbe, sino que se repudia". Sorprende ver cómo la España que uno creía emblanquecida por más de veinticinco años de democracia pueda dar giros hacia su espalda y representar, aunque sea por medio de esta comedia de farsas, una vuelta a sus años más oscuros. Aunque, claro, si consideramos la teoría de Lucía, la hija del eminente escritor y helenista Robert Graves, quien vivió largos años en España, no deberíamos estar tan asombrados: según ella, España recién salió de la Edad Media tras la muerte de Franco.